

## EL "NOCTURNO" DE GABRIEL D'ANNUNZIO

Cuando el poeta soldado yajo, "como un escriba egipcio esculpido en basalto", vendado, pensé que a Icaro, al caer, le fuera propicio el hecho. Aquel que todo conocía *hasta el incesto y el delito*, y que todo tentaba por la vanidad, aquel que en el espejo de ésta veía su propia figura mítica, por un accidente de aeroplano, yacía herido en la vista, ya por otra causa amenazada. Las vendas lo sumergieron por algún tiempo en las tinieblas y él resolvió que el destino había-sele mostrado inicuo. Pero Némesis lo castigó porque él alteraba a propia conveniencia la Proporción, violando la ley humana en el no patriótico nombre de la Vanidad. Icaro entonces cayó y en su lugar restó el Enfermo.

Yo que he amado y defendido mucho a Gabriel D'Annunzio, osé esperar que el gran destino lo favoreciese finalmente mediante el dolor. Pensé: He aquí que él se volverá sincero mordido por el Remordimiento. El a todo se había entregado en la vida, pero no al dolor, al que odiaba cual un pagano decadente. Reflexioné entonces: el gran deslumbrado de Italia, ahora, con los ojos oscuros, adquirirá la misteriosa videncia del espíritu.

Y vino a la mente el destino de un más grande artista de la palabra. A Oscar Wilde, una voz interna dijo: "Tú sentirás el deseo de transformarte en galeoto. Tú, aureolado por una grandeza fastuosa y

terrible, tú, despreciador del bien y del deber, tú, idólatra del goce y de los sentidos, tú, esteta desmedido, buscarás el Dolor del que has reído inhumanamente. Serás tú mismo a suplicar, obligado por la necesidad, entrar a la Verdad, a denunciar tus pecados; tú mismo se los gritarás a los jueces mentirosos, como extraño desafío, con orgullo de sincero, y desafiarás la ley y tentarás la cólefa de los hombres, acusando a la humanidad de ser hipócrita y enferma como tú".

Oscar Wilde descendió de su trono así, estoico y eínico, escupiendo sobre su gloria en nombre de su mal. Pidió la expiación. En un instante el esteta se redujo a un número y fué execrado. Cuando fué conducido a la cárcel, la muchedumbre lo insultó infamemente. La prueba pedida fué terrible, aún más que el coraje, pero él, encanecido, rechazado, arrancó del dolor sus dos obras verdaderamente inmortales: "La balada de la cárcel de Reading" y el "De profundis".

Vuelto "cristiano" él comprendió que el hombre, sea él el bien o el mal, sea la gloria o el pecado, debe inclinar la cabeza delante del Misterio y decir: yo soy como tú quieres, por lo tanto mi grandeza es una merced, mi mal y mi dolor son una gracia de expiación.

Cuando Gabriel D'Annunzio, inanimado, fué transportado a tierra por el *piloto seguro*, al encontrarse sin luz en el fondo de los ojos, no se sintió, por falta de humildad y de conciencia, castigado. No comprendió la intención del Destino, que le murmuró en vano; Tú yacerás en la tiniebla precisamente para que veas tu falsa gloria, tu vanidosa grandeza a menudo hecha de morboso estetismo; para que tú veas que muchas de tus novelas y de tus ideas, vanas y ligeras, han sido sumamente perniciosas, creando las unas prostitución, las otras delincuencia.

Tú nunca has hablado a la mujer, siempre a la

hembra; casi nunca a los hombres serenos o severos, pero siempre a nuestra "chiquilinada". Nunca has enseñado la fuerza moral de las ideas sublimes, tú, exaltador de las fuerzas elementales y brutales. Has dicho "lujuria" de la misma manera oscura con que has dicho "patria" o "gloria". Tus hijos son Guido Da Verona y Pitigrilli. Tus hijos son todos los eceguecidos violentos de Italia. Tú has magnificado con adjetivos hiperbólicos (demasiado repetidos para cualquiera de tus glorificaciones) dudosas grandezas, actos ligeros y efímeros, fáciles a la juventud temeraria y ofuscada, pero todavía no has glorificado al héroe reconcentrado, tenaz, que cree en la bondad, que concede claramente la Patria y la Humanidad y que desprecia la violencia y la intemperancia en nombre de la Razón. Tú armas la sensualidad y el brazo, no el corazón y el espíritu.

Gabriel D'Annunzio no comprendió la misión de verdadera grandeza que el Destino le deparó. Permaneció inmóvil. No vió en él mismo, vendado, sino el héroe inaudito.

En el "Nocturno", preferentemente, nos describe sus gestos gloriosos, su ausia de luz externa, su desafío a la suerte. El, vendado, no hace más que *ver*. Ve siempre: sean queridas personas, extintas o vivas, sean objetos, ambientes o paisajes. Pero, sobre todo, ve su mítica grandeza. Él no tiene un solo real momento de alarma de su conciencia, sea como artista o como ciudadano. Sabe que casi todo el mundo lo admira como soldado. La gloria rumorosa y cuantitativa no le falta. El es un hombre de gran fortuna presente. Como artista ha hecho sombra a Verga, a Oriani, a Tozzi, novelistas más grandes y más severos que él, como hombre ha hecho invisibles a los puros y a los modestos; como soldado ha sido más audaz que ninguno; como sembrador de ideas ha desempolvado los viejos instintos imperialistas, esteti-

zantes y brutales. Pongámoslo junto a un artista más modesto, a Romain Rolland. D'Annunzio sin exactar nunca la palabra "Paz", amada del Petrarca, o "Amor", amada de Cristo, secundando la cruel guerra de intereses que estalló y terminó ha poco (él la ha condenado últimamente en un momento de lucidez en el artículo publicado en Estados Unidos, en el cual exalta la Rusia), se ha transformado en ídolo de todos los "guerreroides" de Europa y de América. Romain Rolland por haber dicho "Paz" y por haberse puesto por sobre la hecatombe, y por sobre la culpa de los hombres, ha sido ferozmente atacado. Pero la Historia dirá, — no ya a la mortal vanidad del poeta, — quién era más grande entre él y el que exhortaba a los hombres a huir de la violencia, la cual sólo nos ha dado los terribles frutos del inmenso mal y de la expiación ciega.

No es que en el "Nocturno" falten grandes páginas: la de la *madre* lo es verdaderamente. Se nota también una tendencia a escribir directo y simple. La adjetivación es todavía enfática, imprecisa, por la múltiple y variada aplicación, pero el período es más breve y a veces seco. Existe, siempre predominante en D'Annunzio, el lastre danunziano y cada uno de sus libros resulta de pesada lectura porque a fin de cuentas el Poeta se ha "frito e rifrito" en sus numerosos volúmenes y no sabe, en un bello vuelo, librarse de sí mismo, por excesivo amor a sus propios defectos, que él, sin duda, confunde con virtudes.

También el "Nocturno" es de difícil lectura. Si la crítica pública fuese sincera como lo es la privada, el Poeta sabría que la mayor parte de sus lectores ha quedado fastidiada con este último libro. Es común encontrar gente que os pregunta: ¿lo habéis leído

todo? Si contestáis que sí, por lo general sentís agregar—yo no he tenido tal coraje.

Es así. Gabriel D'Annunzio está por resultar el menos leído de los escritores de Italia.

El público exigía esta vez, de su Glorioso Soldado, un libro profundo. Las buenas páginas no son suficientes para las exigencias de los tiempos que corren. Se necesitan libros de fuerte organismo espiritual.

Por mi antiguo amor a D'Annunzio yo esperaba la gran obra.

¿Se habrá agotado con "L'Alcione" y con alguna de sus estupendas páginas de prosa! ¿O será posible, que mañana, el Destino sea propicio al retrasado!

En resumen, hoy por hoy, Gabriel D'Annunzio no ha respondido a la época. Ha quedado en el artificio tenaz de su misma forma. No ha visto profundo. Quizá nosotros no debiéramos exigirle tal tarea. Pero, quisiéramos verlo volverse simple a este malsano y fascinante pecador de arte y de vida. Desearíamos, ahora que se acerca el crepúsculo de su vida, verlo aplacado en los sentidos, y meditativo de infinito.

¿Qué se diría el mundo del Esteta que se ha exhibido a todos los más fulgurantes triunfos externos, si lo viese renegar su propio pasado y caminar humildemente con el viejo paso, religiosamente, hacia la vida profunda y última!

Creo que todos gritarían: ¡milagro! ¡milagro!

JUAN COSTETTI.

(Versión de Montiel Ballesteros).